

Azaría

EDICIONES DEL SERBAL

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra.»

Coordinación editorial: Anahí Riaño Baztán
Diseño de colección: Guillermo Longhini

Primera edición: 2015

© 2015 Anabel Rodríguez

© 2015 de esta edición Ediciones del Serbal

C/ Francesc Tàrraga, 12 - 08027 Barcelona

Telf. 934 080 834

Correo electrónico: serbal@edicionesdelserval.com

www.edicionesdelserval.com

Impreso en España

Impresión: Arvato Bertelsmann

Depósito legal: B-3.296-2015

ISBN: 978-84-7628-758-3

ANABEL RODRÍGUEZ

Azaría

COLECCIÓN EL BIBLIONAUTA N. 10
EDICIONES DEL SERBAL

CAPÍTULO I

—¡Madre de Dios! ¿Qué dices? ¿Que han matado a Cándido y a doña Paquita? ¡Virgen Santísima, Virgen Santísima! —Isabel se persignaba sin parar ante la mención de la muerte.

Manuel, su marido, había regresado de la barbería con el gesto demudado. Aquella mañana no iba a abrirla, al menos de momento. La noticia había saltado hacía poco pero ya hervía en boca de buena parte de los paisanos. En el zaguán de su casa cayó como una bomba, dando por fin respuesta a los gritos que Inés había escuchado la noche anterior, y que habían quedado fijados, hasta aquel momento, en la memoria de la familia, como los de algún borracho accidentado.

Tras las exclamaciones y balbuceos, las dos mujeres permitieron que Manuel continuara narrando lo poco que había trascendido hasta el momento.

—Esta mañana acudió su sobrina Mercedes, como todos los días, y encontró la puerta atrancada. Le extrañó porque doña Paquita acudía a diario a la primera misa de la mañana y siempre dejaba entreabierto para que ella pudiera comenzar a faenar. Golpeó para ver si acudían, pero nada. —Negó con un gesto de ca-

beza mientras continuaba hablando—. Al parecer, Cándido era tan desconfiado, que no dejaba que nadie tuviera llave de su casa, ni siquiera su sobrina Mercedes o Francisco *el Cojo*, su marido.

—Pues mira que llevan años cuidándolos. Qué hombre tan raro... —interrumpió Isabel.

Manuel la miró con impaciencia y fingida severidad y continuó hablando, mientras su esposa se disculpaba.

—Después de mucho insistir, la mujer fue a la casa *de por bajo* y le contó a Raimundo que nadie le abría. El hombre saltó la tapia del corral para ver qué sucedía. Al poco tiempo volvió a saltar el muro. Estaba blanco como la cal, diciendo que los viejos estaban muertos y había mucha sangre. Por lo visto, a Cándido lo han cosido a puñaladas. Han ido en busca de la Guardia Civil y del juez, a ver qué averiguan. Venid —dijo, tirando de ellas—, asomaos a la puerta, todavía están esperando. Voy a acercarme, a ver si puedo ayudar en algo.

Antes de que pudieran contestar, Manuel iba camino del antiguo convento reconvertido en palacete. La ayuda que iba a prestar, según presentía su hija, consistía en enterarse de todo lo que se hablara en los corrillos, pero eso era algo que no iba a reconocer, por ser más propio de comadres que de hombres hechos y derechos. Alrededor del lugar del crimen, se formaron varios grupos dispuestos a prestar el mismo tipo de servicio. En casa del barbero, las mujeres hablaban tras la puerta y asomaban la cabeza de cuando en cuando para ver qué sucedía. Inés tomó la iniciativa:

—Madre, ¿me acerco a ver qué pasa?

—Sí, ve deprisa. —Y añadió en voz baja y con gesto serio—: No cuentes a nadie lo que oíste anoche.

—¿Por qué? —preguntó Inés, que ya iba sopesando la importancia que se daría ante su amiga Rafaela, cuando salieran a pasear por la tarde.

—Hazme caso. No se sabe a quién puede atraer uno con sus palabras. Avisa a tu padre: que no diga ni mu. No sabemos quién entró en esa casa y qué podría pensar.

—¿Y si nos pregunta la Guardia Civil?

—A esos, menos. ¿Queda claro? No van a decir nada, al menos de momento. Ni siquiera te van a mirar. —El semblante de Isabel era grave—. Anda, corre y evita que tu padre suelte alguna inconveniencia. Que curioseee como los demás y luego venís a contarme.

—¿Por qué no viene usted?

—De verdad, hija, que con tantas cosas que estudias parece que te vuelvas tonta. ¿Cuántas mujeres ves ahí, ahora? Ninguna, ¿verdad? Pues eso. No es mi sitio. ¡Corre, que tu padre se va de la lengua como nos descuidemos!

Antes de poder rebatir a Isabel, diciendo que ella también era una mujer, Inés se encontró de un empujón en la calle. Cuando volvió la cabeza, encontró la puerta de madera cerrada. La sombra de su madre se iba aposentando tras el visillo de la ventana. Aunque le dolía el vientre, la cabeza y se sentía un poco mareada, la animación que se había formado ante el portón de la residencia de los difuntos y la misión que acababan de encomendarle le infundieron ánimos y actuaron como anestésico.

Recorrió los veinte metros que la separaban de la muchedumbre con el recuerdo de la noche anterior cuando el calor que la empapaba de sudor la hizo removerse en su catre una y otra vez, hasta que harta de sudar y del dolor de cabeza que padecía, salió de la alcoba para beber del botijo que habían dejado en el zaguán. Sentía una fuerte presión alrededor de la cabeza, detrás de los ojos. Al agacharse para coger el porrón, tuvo la sensación de que unas gotas de pis denso se le hubieran escurrido entre las piernas. Se acercó a la ventana; la luz de la luna que se colaba por los visillos le

permitió comprobar que tenía una mancha oscura en el camisón: se había puesto «mala». Bebió agua fresca y se resignó a padecer el evidente malestar durante las siguientes cuarenta y ocho horas.

Cuando regresaba a su alcoba para buscar a tientas un camisón limpio y una gasa, oyó un grito que provenía de la calle. Era una voz masculina, sin duda. Inés no comprendió ni una de las frases que profería pero dedujo dolor, porque sus quejidos eran obvios aunque no pudiera individualizarlos. Permaneció quieta, en silencio, oculta tras la ventana, recibiendo el eco de las voces y lamentos, y así hasta que entre las rejas se coló el sonido de un golpe fuerte, como si algo se rompiera. Y fue ese ruido el que la despertó del letargo de curiosidad que padecía. Dio media vuelta y fue corriendo a la habitación de su abuela, para despertarla. La pobre mujer estaba dormida como un cesto y no entendía qué le decían, así que cuando Inés le habló de gritos y golpes y se percató de que tenía manchada la ropa, pensó que alguien había atacado a su nieta, y se abrazó a la muchacha, pidiendo socorro. A Inés le costó un rato hacer entender a la anciana que los gritos venían de la calle, que a ella nada le había ocurrido. Para entonces ya se habían despertado sus padres: Isabel y Manuel, que acudieron de inmediato a la habitación de madre Luisa.

Aunque padre e hija volvieron al zaguán candil en mano, no escucharon nada más. Ni golpes, ni gritos, si acaso el maullido de algún gato buscando pareja en los tejados y corrales de los alrededores. Ella insistió:

—Padre, le juro que oí gritos, gritos de hombre y, luego, un golpe muy fuerte.

—Bueno, pues ahora no se oye nada. Además si hubiera sucedido algo, el sereno habría acudido, ¿no crees?

—Tal vez esté en otro sitio y no haya oído nada, o se haya quedado dormido.

—Hija, si los ruidos hubieran sido tan fuertes, los vecinos también se habrían despertado y aquí solo estamos tú y yo.

—Y nosotras también —intervino la madre, acompañada de la abuela, madre Luisa—. Anda, volvamos a la cama. Si ha pasado algo, ya nos enteraremos. Y si no, mejor. Vamos a dormir. —Isabel vio el rostro triste de su hija y trató de consolarla—. No te preocupes, seguro que ha sido alguno que acudía borracho a estas horas y se ha dado un porrazo. Ya se habrá levantado y la estará durmiendo en su casa. Vamos, Inés. Te ayudo a asearte y nos acostamos. Manuel, dame el candil que tenemos cosas que hacer... y no me esperes despierto, que me quedo a dormir con ella.

Las sábanas no estaban manchadas de sangre. Inés se cambió y las dos se acostaron juntas en el catre, donde incómodas y contentas, hablaron y hablaron en voz baja hasta cansarse. A eso de las cinco de la madrugada todos dormían, a pesar del calor y los sudores.

Revivió la muchacha aquellos recuerdos mientras buscaba a su padre, que se había mezclado con el grupo de vecinos y curiosos; fue entonces cuando escuchó una pequeña voz interior que le dijo «¿Y si hubieras insistido?, ¿no estarían vivos Cándido y doña Paquita?». Esa frase de reproche fue la primera, y se hizo acompañar de un latigazo de dolor sobre el lado izquierdo de la cabeza: a la migraña le gustaba acompañarse de pensamientos enojosos.

Cuando encontró a Manuel, le tocó la espalda, y con un gesto de la cabeza le pidió que se apartara del grupo. El hombre, sorprendido al verla, interrumpió la conversación que mantenía con un vecino de dos calles más allá, un agricultor que ese día no había salido a la era. Separados del grupo, Manuel recibió el aleccionamiento, sopesó las palabras que le transmitía y convi-

no que lo mejor sería guardar silencio. Al menos, de momento. Total, ellos tampoco podían aclarar nada de lo sucedido. Inés se disponía a regresar a casa, pero su padre se lo impidió. Ella no mencionó nada de lo que su madre le había hecho ver sobre las mujeres. Además observó cómo, poco a poco, algunas cabezas femeninas se iban asomando por las puertas. Era cuestión de tiempo que se animaran a unirse al grupo de curiosos. De lo poco o mucho que fuera a enterarse lo haría de primera mano. Permaneció al lado de Manuel, que de nuevo se arrimaba a los vecinos. Iba a ser otro día caluroso, porque a pesar de ser temprano, el calor ya se dejaba notar en las calles, aunque también era posible que eso se debiera a la acumulación de humanidad en espacios no muy amplios.

Pocos minutos después, los guardias civiles hacían su aparición.

—Apártense. Llega la Guardia Civil. ¡Apártense! ¡Dejen espacio! ¡Aquí no se les ha perdido nada, señores! A sus casas —gritó uno de los guardias.

El murmullo se acrecentaba, y aunque se apartaron para permitir pasar a los agentes, no debía de ser bastante porque dieron unos cuantos empujones a los curiosos para abrirse hueco, con el consiguiente malestar y gritos de algunos de los vecinos. Con ellos también llegó el sereno, al que traían arrastrando a pesar de haber negado hasta la saciedad estar en posesión de las llaves de aquella casa.

—Ya les he dicho que solo el dueño y su hermana las tenían —repitió, nervioso, el hombre—. Doña Paquita quiso darme una en tiempos, pero él se negó. No puedo ayudarlos. Lo siento.

El sargento insistió: tal vez de cuando era convento, tenía alguna llave, alguna cosa para abrir la puerta. El hombre negó con la cabeza. El difunto había cambiado las cerraduras cuando volvió al pueblo.

—Pues no nos queda otra que entrar por el patio, como este —dijo el sargento Riquelme, señalando a Raimundo, el vecino que había encontrado los cuerpos. Se dirigió a un guardia más joven y le ordenó—: Guerra, acompáñalo, entra al corral y salta la tapia. Ten cuidado. No toques nada y abre la puerta desde dentro.

El guardia siguió al pobre vecino, que tenía el pesar reflejado en el rostro y debía de estar arrepintiéndose de haberse ofrecido a avisar a los ancianos. Se perdieron de la vista de la muchedumbre al entrar en el pasillo de la vivienda. Unos minutos después se oyó cómo se alzaba la pesada tranca. Un ruido herrumbroso se escapó de la cerradura; por fin, el portón se abrió. El guardia, muy pálido, se asomó, suspiró y dio paso al resto de las fuerzas. En esos momentos el juez y su comitiva aparecieron por la calle. El capitán Buceta había preferido unirse a ellos, en lugar de ir con el resto de los miembros de la Benemérita. El nutrido grupo de paisanos, presente en la calle, dificultó que se abrieran paso hasta la casa, por lo que se repitió el episodio de empujones y malas caras que se había dado poco antes.

Inés no perdía ni un detalle de lo que ocurría, miraba a todos los lados. Se puso de puntillas tratando de ver algo de la casa, y le pareció distinguir un charco oscuro, de lo que ella pensó que era sangre. Tras la entrada del juez don Ramiro de Leza, el capitán Buceta, secretario y alguaciles, dos guardias se apostaron en la puerta, que quedó cerrada para todos los curiosos.

Su padre la agarró por el brazo derecho: el espectáculo había concluido.

—Vamos a casa, que no nos vamos a enterar de nada más.

—Padre, ¿por qué no pasamos por casa de Paco y Juana, que también viven puerta con puerta con los difuntos? —propuso curiosa.

—De acuerdo —contestó sonriendo.

La casa de Paco, amigo de la infancia y compinche de correrías con Manuel durante la adolescencia y buena parte de la edad adulta, era la que lindaba por el otro lado con la del difunto. No era un palacete, ni lo parecía. Cándido había intentado comprársela en varias ocasiones, pero Paco no había aceptado. Era un hogar más humilde, pero no dejaba de ser una buena casa. Un solo cuerpo, cuatro habitaciones, una cocina, dos patios, cuadras y doblados. Lo propio de las casas de labranza. Por suerte, no fue Paco el que saltó la tapia del corral aunque también eran linderos. Eso supondría que, en principio, habría menos jaleo y se podría escuchar algo de lo que acaecía. Una vez en la puerta, la pareja vociferó el nombre de Paco desde la entrada, como era costumbre. Antes de que nadie pudiera contestarles, ya estaban a la altura de la mitad del pasillo de la casa. El dueño asomó la cabeza desde el patio.

—Pasad, pasado. —Inclinó la cabeza hacia la derecha, se mordió el labio y meneó el índice de un lado a otro, señal inequívoca de que no se debía decir nada inconveniente.

—Paco —dijo Manuel—, ¿es buen momento? Venía a preguntarte si me dejé las tijeras aquí ayer, cuando te corté el pelo.

—No lo sé —contestó su amigo disimulando, conscientes ambos de que las tijeras estaban en la barbería con el resto del instrumental—, pasa y las buscamos.

Al llegar a la altura del dueño de la casa, la sorpresa que les aguardaba quedó desvelada. En la cocina estaba Mercedes, la sobrina de los difuntos, sentada en una silla, llorando y lamentándose.

—Mi tía, mi pobre tía, con lo buena que era. ¡Qué pena! —Se sonaba los mocos y continuaba llorando—. Pobrecita. Pobrecita mía que en gloria esté.

—¡Que Dios la guarde! —contestaba Juana, la enorme mujer de Paco, consolando a la doliente.

—Lo sentimos mucho, Mercedes —afirmó, serio, Manuel—; ha debido de ser terrible. Eras lo único que tenían.

—Sí, pobrecita mía. Lo que habrá pasado para morirse. ¡Qué lástima! —Gemía una y otra vez, mientras con su mano izquierda movía las cuentas de un rosario oscuro: era momento de rezos, momento para ponerse a bien con Dios.

Se sintió mezquina. Toda su curiosidad, el morbo que le había conducido a la casa de Paco con su padre, pasó a segundo plano. No es que ya no sintiera deseos de saber, sino que ante semejante cuadro de lágrimas, la culpabilidad se había abierto camino a machetazos, y le instaba a retirarse, aunque fuera de momento. Su padre debía de sentirse igual, porque anunció su salida de la casa inmediatamente.

—Nos vamos. Ya volveremos a buscar las tijeras. Mercedes, sentimos mucho tu pérdida, te acompañamos en el sentimiento.

En el patio de al lado se oían ruidos. Los guardias y la comitiva judicial, estaban haciendo su trabajo en casa del difunto. Pronto acudirían a la casa de Paco. Mercedes dio las gracias a Manuel y a su hija, mientras ahogaba de nuevo sus llantos en un pañuelo blanco. Paco se ofreció a acompañarlos a la puerta, con la excusa de buscar otro pañuelo de lienzo para la apenada mujer. Ya en la calle, Inés se dirigió a su padre:

—¿No le ha parecido raro, padre?

—Hoy todo lo es, hija, todo.

—Sí, claro. Pero... —La muchacha se mordió el labio antes de continuar hablando—. Mercedes solo lloraba por su tía. No ha dicho nada de Cándido. También era su tío, ¿no? De él no ha dicho nada.

—No eches cuentas, solo hemos estado ahí un momento y no sabemos lo que ha dicho antes, ni lo que llorará después.

Inés pensó que de todas formas era improbable que alguien llorase por aquel hombre de setenta años, huraño, avaro y desagradable. Pero si no parecía de buena cristiana pensar eso, mucho menos

era decirlo. Era extraño que aunque solo fuera por convencionalismo, no lo hubiera mentado. Tal vez Manuel tenía razón: ellos no sabían lo que había pasado antes, ni lo que estaba por pasar.

Su padre la miró y debió de ver algo que le preocupó, porque la cogió del brazo y le preguntó:

—¿Te encuentras bien, Inés? Estás muy pálida.

—Un poco mareada, eso es todo. Vámonos, cuando llegue a casa se me pasará.

El resto del día lo pasó Inés en la cama, con los dolores propios de la regla. De vez en cuando su madre y su abuela le traían noticias: que si habían apuñalado al hombre hasta desangrarlo; que otros decían que le habían arrancado la cabeza; que faltaba dinero; que la mujer se había descalabrado al caerse por la escalera; que le habían reventado la sesera; que había huellas de sangre en el suelo, de alguien que tenía los pies muy grandes; que, que, que... Todo era un continuo ir y venir de rumores, noticias, fantasías desbocadas y maledicencias que viajaban aprovechando las puertas abiertas y el sofoco veraniego.

Por la tarde salieron los muertos camino del depósito judicial donde el médico les iba a practicar la autopsia. Los guardias tuvieron que emplearse a fondo para abrirles camino. Un murmullo constante los siguió hasta el coche de caballos que esperaba en un llano adyacente.

Así se rompió la tranquilidad de aquel pueblo de calles empedradas, estrechas y fachadas blancas. Los vecinos se miraron con desconfianza. Las puertas se cerraron por primera vez en mucho tiempo, a pesar del calor. Cada uno se centró en sí mismo, buscando pruebas de culpabilidad en los otros o, al menos, de inocencia propia que lo reivindicara ante la masa. El miedo se instaló en Azarías el día 16 de julio de 1926; no habían pasado ni veinticuatro horas desde el crimen.